

EL MUNDO CÓMICO.

Director literario, M. MATOSES.

SEMENARIO HUMORÍSTICO.

Director artístico, J. L. PELLIGER.

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS.)

PRECIOS DE SUSCRICION.—En *Madrid*: Un mes, **CUATRO REALES.**—Tres meses, **DOCE REALES.**—Número suelto, **UN REAL.**—En *Provincias*: Un mes **GINCO REALES.**—Tres meses, **TRECE REALES.**—Número suelto, **UN REAL CINCUENTA CÉNTIMOS.**—Se suscribe en las principales librerías de Madrid y provincias, y directamente en la Administración, litografía y relieves en zinc para imprenta, plaza de San Nicolás, 7 y 9, bajo.—No se admiten sellos de comunicaciones.

TIPOS DE LISBOA, — por BORDALLO PINHEIRO.



A COSQUEVILHEIRA.—Typo que se recomenda á todas as sociedades de estatística. Sabe ó que se faz n'um bairro inteiro: o que se come, o que se ganha e o que se gasta. Sabe d'amores preteritos e...ja futuros... ¡¡e tudó por acaso!!
¡Santas gentes!

REVISTA DE LA SEMANA, — por PELLICER.



¡ Al castillo de Simancas...!

LA LEVITA NUEVA.

¿Por qué andará Juan tan preocupado hace más de quince días?

Cuando va por la calle mira con más atención que antes á los hombres, y deteniéndose ante un jóven esbelto, vestido con elegancia y sin una arruga en su traje, dice Juan: «Así iré yo.»

Se detiene ante los escaparates de los sastres, y pronuncia entrecortados discursos examinando los nuevos figurines.

Se asoma á la puerta de la tienda, contempla con avidez el monigote de carton que sirve de modelo, y exclama en voz baja: «Así, como esa; esa me gusta.»

Lée la plana de anuncios de *La Correspondencia*, toma todos los prospectos que reparten *gratis* por las calles, y dobla y guarda en el bolsillo los que empiezan diciendo: «Gran liquidacion en el Bazar de ropas...»

Pero, señor, ¿qué le pasa á Juan?

He sorprendido su preocupacion atando todos los cabos anteriores con la frase que le he oido soltar sin venir á cuento: «Pues señor, voy á comprarme una levita un dia de estos.»

¡Ya! ¿Con que levita nueva? Pues ¡ahora lo comprendo todo!

Para el pobre Juan, la compra de una levita es un acontecimiento semejante al del hombre trabajador y económico que con sus ahorros compra una casa.

¡Para que vean Vds. lo que es la humanidad! ¡Un hombre preocupado porque va á comprarse una levita!

Lo que Juan ha revuelto su imaginacion para encontrar la forma preferible en materia de levitas, no es para contado.

Las levitas largas tienen el inconveniente de no estar de moda; las cortas tienen la desventaja de no poderse alargar si mañana ó pasado decreta la moda la ley de los grandes faldones; las muy abiertas exigen prendas elegantes; las levitas cerradas parecen más propias para la decrepitud. «¡Qué demonio! dice por último; ¿tengo que hacer más sino ir á la tienda, examinar bien las diversas formas, probarme unas cuantas y elegir la que mejor siente al cuerpo?»

Unos dias despues se mete Juan en una sasteria.

—A ver, ¿levitas?

—Sí señor; ¿de qué forma y precio las quiere Vd.?

—Hombre, saque Vd. y luego veremos... Sobre que ha de ser barata, ¿estamos?

EN EL TEATRO ESPAÑOL, — por PELLICER.



—¡Buenas quintillas! ¡Buenas! ¡Ay, primo mio, si tú supieras escribir esas cosas!
 —Pues... no creas, soy muy amigo del autor.
 —Ahora que triunfa, ¿no es verdad?

—Las hay de todos los precios. Vd. escogerá y... ¡no hemos de regañar!

El sastre saca una docena de levitas diferentes. Juan toma una y la examina.

—¡Oh, esa tiene muy buen corte! dice el sastre. Juan la deja y toma otra distinta.

—Esta está muy de moda, exclama el sastre. Juan titubea entre la moda y el buen corte, deja la de moda y toma en las manos otra.

—¡Oh! esta es muy elegante, dice el sastre. Juan se ve sitiado por la moda, la elegancia y el buen corte, y empieza á atortolarse. ¿Por qué se decidirá? Se prueba una, y otra, y otra, y á cada una de ellas aplica el sastre distinto elogio: «¡Qué elegante! ¡Qué bien cortada! ¡Qué de moda! ¡Y qué paño! ¡Y qué cosido!»

Cuando Juan ya se ha resfriado al cabo de estar media hora en mangas de camisa, atortolado por completo, desorientado y confuso, se decide por una: «¡Vamos, esta! ¿Cuánto?—Tanto.—Es mucho; ¿quiere Vd. diez?—Es poco.—No doy más.—Siquiera los doce.—No paso de los diez.—¿La quiere Vd. en once?—No puedo dar más.—¡Ea! diez y medio y no hay que hablar.—Le digo á Vd. que no.—Vaya, llévela usted; quiero vender aunque pierda; en cambio me acredito y...

Juan paga, coge su levita, corre á su casa, y...

Allí la examina de nuevo, se la vuelve á probar, la cuelga en la percha, se retira unos pasos para ver el efecto que hará desde lejos, la dobla con cuidado, la envuelve en un paño y la guarda.

A la mañana siguiente vuelve á examinar la levita, que desde la víspera no ha cambiado en nada. Cada vez le gusta más, y vuelve á guardarla diciendo: «La estrenaré el domingo; bien dice el refran: el que no estrena el domingo de Ramos...»

Al otro día Juan visita nuevamente su prenda (la cual, entre paréntesis, tampoco ha variado ni de esencia ni de forma), y al depositarla en el baul con igual cuidado que si se tratara del licenciado Vidriera, murmura: «¡Buena prenda está! El domingo me luzco.»

Así pasa Juan la semana, esperando con impaciencia el domingo de Ramos para entrar en la levita lo mismo que si fuera á entrar en Jerusalem.

Llega el domingo, porque todo llega en este mundo, y Juan madruga; pero madruga para visitar su levita. ¡Si se la hubieran robado!

¡Si hubiera sido destruida por un ejército de polillas! ¡Qué lúgubres ideas cruzan su imaginación! Ha soñado con la levita, ha soñado que estaba presa en la casa de empeños, y despues ha soñado que se le habia caído en el barro, y luego ha soñado que le habia cogido un chaparron llevándola puesta... ¿qué sé yo?

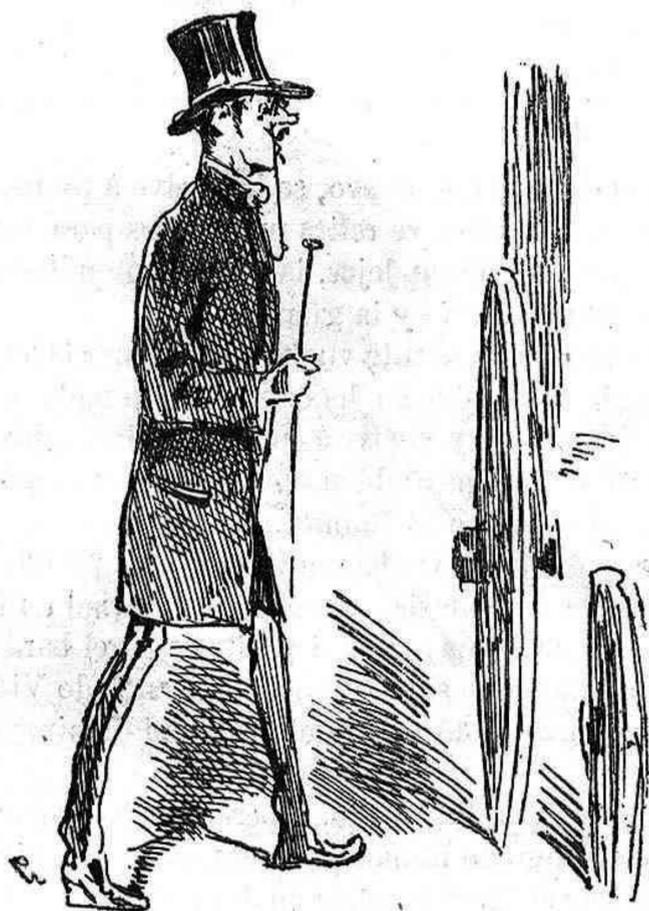
ESCENAS MATRITENSES, — por PELLICER.



—Ya me ha visto. Qué sencillas son estas muchachas de pañolito.



—¿El pollo del otro día? ¡Uf! ¡qué castigo!



—¡Maldito coche! ¡Me ha hecho perderla de vista!



—Por fin la diviso otra vez. ¡Qué gallardía tiene!

Corre al baul y... allí está, sí señor; intacta como ayer, como antes de ayer, como salió, en fin, de la tienda.

¡Qué ufano va Juan con su levita! Le parece estrecha la acera y la calle; sí, llega hasta considerar que

las calles de Madrid son estrechas para lucir una levita.

Y no es que á él le importe gran cosa tropezar con los demás que van por la acera, porque despues del tropezon se fijarán en él y verán aquella levita nueva, flamante, con un brillo que parece pulimentada,

ESCENAS MATRITENSES, — por PELLICER.



—Con tal de que él no me arme bronca porque voy tarde...



—Hijo, ¿qué quieres? Mi tia...



—¿Quiusté que le apubulle la sesera, so silbante?



—¡Yo me tengo la culpa en querer tratar con gente grosera!

que es lo que ha hecho creer á Juan que el paño es inmejorable.

—¿Qué viene por allí? ¡Un albañil emblanquecido por el yeso!—Juan muda de acera, porque si tropieza con aquel hombre, ¡pobre levita! ¡buena se pondría!

Encuentra Juan á un amigo y le detiene para preguntarle cualquier cosa. El amigo no se fija en la levita. «¿Dónde tendrá este hombre los ojos?» se pregunta Juan quitándose una mota imaginaria y pa-

sándose las manos por las mangas, como para realzar el brillo. El amigo no hace caso. Al fin Juan no puede dominar su impaciencia, y estirando una manga, que presenta á la vista del otro, le dice: «¿Cuánto dirás?—¿De qué?—Esta levita, ¿cuánto dirás que me ha costado?—¿Cinco?—¡Echa!—¿Seis?—¡Echa!—Pues ya es cara.—¿Cara? Veo que no lo entiendes; mira este género.—Sí, sí, ya veo...

Y Juan sigue su camino algo amostazado. Encuen

LOS LIPENDIS, — por PELLICER.



—A todo el que le habla de su pueblo le paga un bisteck.
—¿Con patatas?

tra á tres amigos; ¡estos sí que van á hacerle elogios de su levita! ¡Qué pronto notan la levita nueva! Pero en mal hora para Juan, á quien disgustan por completo.

—Chico, esta levita no está hecha á la medida.—Te está un poco larga.—Algo más que un poco.—Y es cara, muy cara.—Sí, porque el paño no es gran cosa que digamos.—Ni el corte tampoco...—Ni el cosido...

En fin, que en todo el paseo no encuentra Juan un solo elogio para aquella levita que ha sido su orgullo, su ídolo, su ensueño amoroso.

Por la noche se le vierte á Juan una taza de café con leche sobre la levita. Juan palidece, busca corriendo el pañuelo, le restrega con fuerza sobre la levita. La mancha no sale, y con un humor de mil demonios se va Juan á casa, se sale de la levita, frota la mancha con espíritu de vino, con benzina, con aguarrás... Sí, sí; frota, frota. ¡Ya va saliendo!

¡A la mañana siguiente la levita tiene un aspecto tan horrible! Ya no es nueva, ni mucho menos; ha vivido, pues, lo que vive una flor arrancada del árbol, y solo deja á Juan el recuerdo de aquella semana en que él esperó con impaciencia la llegada del domingo para estrenar su levita nueva. ¡Qué semana aquella!

¡Para que vean Vds. lo que es la humanidad! ¡Un hombre acongojado y triste porque le cayó una taza de café con leche en una levita!

Y es lo que él dice: «Pero señor, ¿por qué no darán servilletas ó baberos para tomar el café sin exponerse á mancharse la ropa?»

Se recomienda esta observacion á los dueños de esta clase de establecimientos.

MANUEL MATOSES.

SERENATA.

Sufro amante la lluvia en invierno,
en verano me abrasa el calor;
mas no pueden rigores del tiempo
entibiar mi profunda pasión.

¡Ay, sal por piedad,
y verás que de mí tiene lástima
la vecindad!

No atormentes, ingrata, al que lleva
en el pecho volcánico ardor;
vea yo tus suavísimos ojos;
oiga yo tu dulcísima voz.

APUNTES RETROSPECTIVOS, — por PELLICER.



Hace un año. — La peineta.

¡Ay, sal por piedad,
no alborote el fervor de mi súplica
la vecindad!

—
¿Qué más puedo sufrir por tu causa?
¿No cumplí tu capricho menor?
¿No soy perro que tiene á gran dicha
recibir de tu pié un empujon?

¡Ay, sal por piedad,
que me llama inocente y estúpido
la vecindad!

—
Bien quisiera subir á tu reja
y pintarte mi férvido amor;
pero temo que el guardia de ronda
me conduzca al infame cajon.

¡Ay, sal por piedad,
considera que no tengo cédula
de vecindad!

F. MOJA Y BOLIVAR.

A FABIO.

Nunca sometas tus obras literarias al exámen de los que á sí mismos se han expedido el título de sábios, si no quieres exponerte á ser la rechifla de las gentes.

Esos eruditos te pondrán en ridículo, no por hacer-

te á tí daño, sino por creer que así reciben ellos beneficio.

No hay ignorante que no crea que la censura en sus labios es causa de admiracion en las demás gentes.

En todo el globo no hallarás un solo necio que no esté dispuesto á sacrificarte á tí para hacerte la víctima de sus triunfos.

No hay nada tan repugnante como el zamacuco que se compara con el sábio.

— Así, pues, ¡oh Fabio! cuando escribas un libro sométele al exámen de las personas ilustradas ó de aquellos ignorantes que sepan, que lo son; porque el sábio te dará un consejo tan acertado como prudente y el ignorante te manifestará con sus impresiones la aceptacion que en el público habrá de hallar tu obra.

En concepto del orgulloso ignorante tu libro estará plagado de defectos y él los publicará para que vean las gentes que entiende de esas cosas.

En resúmen; el sábio puede ser tu juez, el ignorante puede ser tu modelo, el fátuo será siempre tu verdugo si no le convidas á comer.

FÁBULA.

Un bramador torrente
y un arroyuelo manso y cristalino,

LA LOTERÍA, — por PELLICER.



—Venga ese décimo. ¿Sabe Vd. cuándo se sortea?
—Esta mañana se sortó, señorito.

teniendo que cruzar igual camino
se hallaron una tarde frente á frente.

—¡Pasa! dijo el torrente, tú primero,
yo borraré tu huella.

—¡Pasa! el arroyo contestó; prefiero
que tú la marques y seguir por ella.

—Marchando tras de mí, siempre en olvido
fecundarás el suelo;

yo el valle aterrará con mi mugido
y mis espumas alzaré hasta el cielo.

—Sí, replicó el arroyo murmurando,
tú destruirás con ímpetu furioso;

yo en pos de tí, creando
sin ruido correré, pero dichoso.

Así del bien fecundo
debe ser la misión sobre la tierra;
por eso Dios, en su saber profundo,
puso los charlatanes en el mundo
y destinó el fusil para la guerra.

M. DEL PALACIO.

UNA.....

(SONETO.)

Envidia el sol la lumbre de sus ojos
y la noche su negra cabellera,
y su talle gentil á la palmera
y á la nieve su tez, causan enojos.

Celos dan al clavel sus labios rojos
que de perlas ocultan doble hilera,
y las almas de bronce trueca en cera
y en juguete ruin de sus antojos.

Muere de hastío y se la ve serena:
su brillo, como el brillo de la luna,
es un reflejo de la luz ajena

y fantasma ilusoria su fortuna.
¿La conoces, lector?... Esa sirena
es una .. es una...—Pues me quedo en una.

PEDRO MARÍA BARRERA.

EPIGRAMAS.

Porque cien reales perdió
el avaro Pimentel,
en ahorcarse pensó;
pero su intento cruel
al cabo no consumó...
por no comprar el cordel.

Asegúrame Narciso,
hombre prudente, callado
y que há poco se ha casado,
que es su casa un paraíso.
Y claro está que no miente,
pues hacen, con grato afán,
la esposa de Eva, él de Adán,
y la suegra de serpiente.

LIBORIO C. PORSET.

Quedó Antonio medio tuerto,
y para ver si podría
curarse, consultó un día
á un médico muy experto.
Era el doctor entendido,
y contestó con presteza:
—Se corta usted la cabeza
y es asunto concluido.

—¡Mi destino es muy fatal—
dijo don Gil—oh furor!
Y don Juan dijo formal:
—No te aflijas, ¡voto á tal!
solicita otro mejor.

Madrid: 1873.—Imprenta de R. Labajos, Cabeza, núm. 27.